

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA IGLESIA COMO MOTIVO DE CREDIBILIDAD

*Luis Santiago Ferro OP*

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino*

### Introducción

#### *Desde un testimonio personal*

Después de haber sentido la llamada a una vida religiosa sacerdotal dominicana en el contexto de una vivencia de fe preferentemente Cristocéntrica, me encontré sumergido en una sociedad, el Cuerpo místico de Cristo, dotada de órganos jerárquicos, con un grupo visible que es a la vez comunidad espiritual.<sup>1</sup> Vi, aunque no en primera fila, el proceso plasmado en el Concilio Vaticano II en el que la Iglesia tomó conciencia de sí.<sup>2</sup> Me dediqué, por haber sido orientado o por propia orientación, a la metafísica y a la antropología filosófica en el contexto de una filosofía de corte tomista.

En medio de esta dedicación, a través de la formación intelectual dominicana pude percibir un conjunto armónico ordenado de verdades que culmina filosóficamente en la persona humana y en un Dios *transcendente*, quien a su vez es *eficiente, todopoderoso y fin* de todas las cosas. Esta visión filosófica sapiencial resulta incompleta y abierta a una realidad superior. Así fue como tomé contacto con los libros sapienciales del Antiguo Testamento y pude intuir que la culminación de la sabiduría de Israel se expresa en los Cánticos del Siervo de Yahvé.<sup>3</sup> Con el correr del tiempo el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC), publicado en octubre de 1992, surgió ante mí como “una exposición orgánica de toda la fe católica”.<sup>4</sup>

Esto se fue dando en la vivencia eclesial. Mientras confesamos que la Iglesia es *una* se percibe en ella una gran diversidad, que, como lo expresa el CEC, *procede a la vez de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que los reciben*<sup>5</sup>. Además, confesamos que es *santa*. Sin embargo en la

---

<sup>1</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 77. (CEC).

<sup>2</sup> Cfr. Concilio Vaticano II, Const. Dog. *Lumen Gentium*; Pablo VI, Encíclica *Ecclesiam Suam*.

<sup>3</sup> Cfr. Is, 42, 1-9; 49, 1-6; 52, 13- 53, 12.

<sup>4</sup> CEC, n. 18.

<sup>5</sup> *Ibíd.* n. 814.

vivencia eclesial vemos, incluso a través de la historia, detonantes de pecado. El mismo Catecismo nos dice:

*Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, **abrazando en su seno a los pecadores**, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación" (LG 8; Cfr. UR 3; 6). Todos los miembros de la Iglesia, incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores (Cfr. 1 Jn 1, 8-10). En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos (Cfr. Mt 13, 24-30). La Iglesia, pues, congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación [...]*<sup>6</sup>.

Esto me impulsó a reflexionar sobre los *motivos de credibilidad* en referencia a la Iglesia.<sup>7</sup> En la vivencia eclesial social hay que buscar una armonía de nuestra fe con un panorama de razón natural que compagine, al menos de algún modo, el transcurso de nuestra vida en la tierra. Hoy encuentro en la Encíclica *Fides et Ratio*, del papa Juan Pablo II, la fundamentación de este planteo:

*[...] la razón, en el culmen de su búsqueda, admite como necesario lo que la fe le presenta<sup>8</sup>. [En efecto], el hombre, por su naturaleza, busca la verdad. Esta búsqueda no está destinada sólo a la conquista de verdades parciales, factuales o científicas; no busca sólo el verdadero bien para cada una de sus decisiones. Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que pueda explicar el sentido de la vida; por eso es una búsqueda que no puede encontrar solución si no es en el absoluto. Gracias a la capacidad del pensamiento, el hombre puede encontrar y reconocer esta verdad. En cuanto vital y esencial para su existencia, esta verdad se logra no sólo por vía racional, sino también mediante el abandono confiado en otras personas, que pueden garantizar la certeza y la autenticidad de la verdad misma. La capacidad y la opción de confiarse uno mismo y la propia vida a otra persona constituyen ciertamente uno de los actos antropológicamente más significativos y expresivos. [...] resulta [entonces] que el hombre se encuentra en un camino de búsqueda humanamente interminable: búsqueda de verdad y búsqueda de una persona en quien fiarse. La fe cristiana le ayuda ofreciéndole la posibilidad concreta de ver realizado el objetivo de esta búsqueda. En efecto, superando el estadio de la simple creencia la fe cristiana coloca al hombre en ese orden de gracia que le per-*

---

<sup>6</sup> CEC, n. 827.

<sup>7</sup> La expresión *credibilidad* mencionada en el título será aclarada más adelante al hacer referencia al CEC en el n. 750.

<sup>8</sup> Encíclica *Fides et Ratio*, n. 42.

*mite participar en el misterio de Cristo, en el cual se le ofrece el conocimiento verdadero y coherente de Dios Uno y Trino. Así, en Jesucristo, que es la Verdad, la fe reconoce la llamada última dirigida a la humanidad para que pueda llevar a cabo lo que experimenta como deseo y nostalgia.*<sup>9</sup>

Su concreción se percibe en la fraternidad, en la amistad cristiana. Lo podemos y tenemos que ver, por un lado, en las comunidades religiosas, y por otro, en la vida de familia como Iglesia doméstica. Para ello, contamos con una serie de documentos sobre la vida religiosa hasta llegar a la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, la que presenta orientaciones de una extraordinaria sabiduría y prudencia eclesíásticas muy precisas sobre la vivencia comunitaria. Remitimos especialmente al capítulo II, “Signo de fraternidad”. Respecto a las recomendaciones para la vivencia familiar nos encontramos con la Exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, la cual, en su segunda parte, “El designio de Dios sobre el matrimonio y la familia”, presenta con profundo realismo el llamado del hombre al amor; el matrimonio como comunión entre Dios y los hombres; la presencia de Jesucristo santificando el matrimonio desde el sacramento; el don de los hijos y la familia como comunión de personas.

#### **A. Marco de estas reflexiones**

Para indicar el marco propio de estas reflexiones conviene, ante todo, mostrar en el contexto de la fe y de la inteligencia el *motivo* de creer. Así lo explica el Catecismo:

*El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos ‘a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos’.*<sup>10</sup>

Por lo tanto se puede afirmar que la fe:

*[...] es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él. “Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede ‘a todos gusto en aceptar y creer la verdad’ ” (DV 5).*<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*, n. 33.

<sup>10</sup> CEC, n. 156.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, n. 153.

*Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas.<sup>12</sup> De ahí que “para que el homenaje de nuestra fe fuese conforme a la razón, Dios ha querido que los auxilios interiores del Espíritu Santo vayan acompañados de las pruebas exteriores de su revelación”. [...] la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad “son signos ciertos de la revelación, adaptados a la inteligencia de todos”, “motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu” (Cc. Vaticano I: DS 3008-3010).<sup>13</sup>*

La credibilidad no es de por sí anterior a la fe, y le otorga personalmente a ésta su armonía con la razón. También es cierto que puede darse concomitantemente con una preparación para la fe. En este caso, tal vez se pueda hablar, a veces, de una gracia preveniente.

Sobre esos motivos de credibilidad conviene hacer algunas reflexiones referidas con mayor precisión a la fe en la Iglesia. La consideración tiene especial interés, ya que, a diferencia de los otros artículos de fe, *Cristo, el único Mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunión de fe, esperanza y amor, como un organismo visible (LG 8)*. Ella es a la vez una *sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo Místico de Cristo; el grupo visible y la comunidad espiritual; la Iglesia en la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo’ (ibíd.).<sup>14</sup>*

Por eso, dentro de este marco, la Iglesia es un misterio, pues estando en la historia a su vez la trasciende. *Solamente “con los ojos de la fe” (Catech. R. 1, 10, 20) se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida divina.<sup>15</sup>*

En este contexto de una afirmación de fe, que es sobrenatural, o sea de gracia y también de visibilidad, se puede apreciar la importancia de las presentes reflexiones. Lo que dice san Pedro en su primera Epístola corrobora la actitud para profundizar sobre los motivos de credibilidad en orden a afianzar racionalmente nuestra fe en la Iglesia: *[estad] siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza.<sup>16</sup>* El sentido general dentro del cual se desarrollan estas consideraciones está indicado en la Encíclica *Fides et Ratio*,

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, n. 154.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, n. 156.

<sup>14</sup> Cfr. *Ibíd.*, n. 771.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, n. 770

<sup>16</sup> I Pet 3, 15.

n. 67. Entonces, a la luz de lo conocido por la fe, emergen algunas verdades que la razón ya posee en su carácter autónomo de búsqueda, lo que constituye en último término el marco buscado.

Antes de continuar, conviene precisar el significado exacto de nuestra fe en la Iglesia. Nuevamente el CEC sirve de referente:

*Creer que la Iglesia es “Santa” y “Católica”, y que es “Una” y “Apostólica” (como añade el Símbolo Nicenoconstantino-politano) es inseparable de la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el Símbolo de los Apóstoles, hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa (“Credo... Ecclesiam”), y no de creer en la Iglesia para no confundir a Dios con sus obras y para atribuir claramente a la bondad de Dios todos los dones que ha puesto en su Iglesia.<sup>17</sup>*

## **B. La razón natural y los motivos de credibilidad**

Con una orientación filosófica que constituye la base natural sobre la cual se asienta el orden sobrenatural de la gracia es posible abocarse a establecer mejor los motivos de credibilidad. Así, esta base filosófica se presenta como *preámbulo de la fe*. Más allá se encuentra la mediación entre la filosofía y el razonamiento de las verdades de fe. Es lo que santo Tomás plantea expresamente en el I libro *Contra Gentiles*, cap. 6. Su título, “Que el asentir a aquellos que son de fe no es de ligereza aunque sean superiores a la razón”, hace precisamente a las reflexiones a desarrollar. Así, como afirmación central sobre el particular el Doctor Angélico da la siguiente explicación que fundamenta la presencia de la credibilidad:

*La misma Sabiduría divina que conoce con total plenitud todo, se ha dignado revelar a los hombres, la cual muestra su presencia y la verdad de la doctrina y de la inspiración con argumentos convenientes, al confirmar aquello que excede el conocimiento natural. Muestra obras que visiblemente superan la capacidad de toda la naturaleza; a saber, la curación milagrosa de las enfermedades, la resurrección de los muertos, la maravillosa mutación de los cuerpos celestes; y lo que es aún más admirable, la inspiración de las mentes humanas, de modo que los ignorantes y sencillos, llenos con el don del Espíritu Santo alcanzan en un instante la más alta sabiduría y elocuencia. En vista de esto, por la eficacia de estas pruebas, acudieron una innumerable multitud a la fe cristiana, no solamente los sencillos sino también hombres de gran sabiduría, y esto no por la violencia de las ar-*

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, n. 750.

*mas, ni por la promesa de los placeres, y lo que es más admirable aún en medio de persecuciones. En referencia a lo expresado se predica lo que excede a todo intelecto humano, se refrenan los placeres de la carne, y se enseña todo aquello que es despreciado en el mundo. Es el mayor de los milagros y obra manifiesta de la inspiración divina el que el alma humana asienta a estas verdades, deseando únicamente los bienes espirituales y despreciando las cosas sensibles.*

Este es un texto clave de teología fundamental. Pertenece a las orientaciones primarias de la *Suma contra Gentiles*, que ha dado en llamarse "*Suma Apologética*". Conjuga las diversas perspectivas del sabio en la concepción judeo cristiana.<sup>18</sup> Refiere los hechos que se han dado en Cristo y en las primeras comunidades apostólicas.<sup>19</sup> Algunas expresiones hacen a la vida de la Iglesia.<sup>20</sup>

a) Dentro de esta fundamentación filosófica se encuentran primariamente las denominadas *pruebas de la existencia de Dios*. Son pruebas, no en el sentido de las que son propias de las ciencias naturales, sino en el de argumentos convergentes y convincentes que permiten llegar a verdaderas certezas.<sup>21</sup> Entonces, filosóficamente se puede afirmar que existe un Dios. Dios es. De ahí también, del mismo modo, se deduce que es trascendente, infinito, eficaz y fin de todo.<sup>22</sup> Tiene poder de obrar en cuanto es omnipotente; lo hace inteligente y libremente. Todas estas son afirmaciones deducidas del ser de Dios. A ello corresponde cómo *el hombre y el mundo atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin.*<sup>23</sup> En consecuencia es dable expresar que *la razón natural del hombre puede acceder al conocimiento de la existencia de una realidad que es la causa primera y el fin último de todo, y "que todos llaman Dios".*<sup>24</sup> Es importante también afirmar que este Dios omnipotente es bueno. Mas aún, se puede llegar a decir que es sumamente bueno.<sup>25</sup> Así se constituye como fundamento de todo el orden moral, que está orientado a la vida, a ser. Por Él vivimos, nos movemos y existimos; respetamos la vida, a las personas; nos orientamos racionalmente a darnos y a perpetuarnos; usamos ordenadamente las cosas que se encuentran a nuestro alcance. Filosóficamente es una cultura de la vida, no de la muerte.

---

<sup>18</sup> Cfr. Santo Tomás, I libro *Contra Gentiles*, cc. 1 al 9.

<sup>19</sup> Es lo que se encuentra por doquier en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles.

<sup>20</sup> I CG, 6.

<sup>21</sup> Cfr. CEC, n. 31. Complementariamente Cfr. nn. 32 y 33.

<sup>22</sup> Cfr. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I, qq. 2 -11.

<sup>23</sup> CEC, n. 34

<sup>24</sup> Cfr. Santo Tomás, *Ibid.*, I, q. 2, a.3.; CEC, n. 34.

<sup>25</sup> Cfr. *Ibid.*, I, q.6.

b) Otro punto culminante de la filosofía que a su vez marca un límite claro de ésta es el de las *causas concomitantes*, concursos de causas diversas en la producción de efectos. Las cosas y acontecimientos del mundo en el que vivimos son contingentes, es decir, no siempre producen efectos necesarios. El hombre muchas veces elucubra posibilidades futuras, hace cálculos de probabilidades con todo el riesgo que ello implica. Filosóficamente, en un verdadero realismo se debe recurrir a una causa superior, a una primera causa divina para explicar la maraña de aconteceres en el mundo finito del tiempo<sup>26</sup>. Esto se aplica, incluso, en la explicación filosófica de la presencia de males en el mundo. Es el problema de la *teodicea*, que si bien compota un capítulo distinto de estas reflexiones nos hace ver las cosas desde Dios. Entonces, con la fe católica, se puede afirmar que todo está sometido a la *providencia divina*. He aquí un punto de conjunción entre el alcance de la razón de nivel natural y la fe católica. Evidentemente éste es un tema limítrofe entre filosofía y teología.<sup>27</sup> De ahí es factible desarrollar motivos de credibilidad en la Iglesia Católica.

c) Además de la fundamentación anterior, es posible encontrar en el interior del hombre una tendencia a permanecer que puede fundamentarse sobre la inmortalidad del alma humana. También esta conclusión tiene una argumentación filosófica basada en las actividades intelectuales y volitivas que exceden el orden meramente sensible y material. En esta tendencia del hombre a permanecer, a perfeccionarse, como expresa san Agustín, *ciertamente todos nosotros queremos ser felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes que sea plenamente enunciada*.<sup>28</sup> Interesa la cita por cuanto al hombre se lo puede perfectamente considerar como un *buscador de la verdad*. Toda la conciencia que él tiene de estos deseos suyos más íntimos corresponde a la *dignidad* de la persona humana.

### C. Motivos de credibilidad en la Iglesia

Se llega así a la parte principal y tal vez más delicada de estas consideraciones: encontrar en la Iglesia Católica con su presencia visible algunos motivos de credibilidad. En los dos apartados anteriores se han dado el marco de consideración y la fundamentación filosófica correspondiente. Ahora hay que considerar algunos signos, realidades comprobables que manifiestan, que indican algo más allá del simple orden natural.

<sup>26</sup> Cfr. Santo Tomás, *In VI Metaph. lec. 3*.

<sup>27</sup> Cfr. *ibíd.*, II, 2 - 3, principalmente n. 1216; I, q. 22, a. 2, ad 34.

<sup>28</sup> San Agustín, *mor. eccl*, 1 3, 4. en CEC, n. 1718.

a) Llama la atención en la Iglesia Católica la *eficacia* de salvación, las *liberaciones*, aun usando pequeños medios. Lo antedicho manifiesta claramente en una expresión paradójica dos aspectos. De por sí los medios que usa la Iglesia Católica no pueden producir esos frutos. He ahí una eficacia atribuible a Dios como ser omnipotente. Y si es posible que el hombre lo experimente en su interior, también le es posible intuirlo como misericordioso, por cuanto, en último término, Él busca el bien y se compadece de la miseria humana. No es apodíctica la expresión al explayarse, tanto en lo referente a la salvación, como en los medios utilizados. Sí se ve mejor la desproporción entre unos medios y el fin que se persigue o consigue.

La primera noción, salvación o liberación, es la de sacar de una situación como de ahogo, de esclavitud, de opresión, que se puede percibir en cuanto el hombre está anegado en miserias humanas que repercuten en lo social: sufrimientos, infortunios, desventuras, tormentos. Con los medios que pone la Iglesia Católica todo esto se va eliminando; va aflorando una paz profunda interior, una tranquilidad en el ser; una serenidad de conciencia, un gozo en el fondo del corazón. Va surgiendo la amistad con Dios, el orden. También la luz, el sentido de la vida, el camino por senderos justos; un florecer de juventud de espíritu. Además, se dan sorpresas de nuevas situaciones de vida a las que hay que responder positivamente. Se va predicando la caridad, se va conformando una fraternidad que supera toda modalidad de amistad simplemente humana basada en empatías. En todo caso, la relación religiosa con una Alteridad trascendente está al servicio de una cierta liberación de los límites de la condición humana.<sup>29</sup> Estos signos volverán a ser tratados más adelante.

En otros términos, con fe, se profesa la vida eterna.<sup>30</sup> También los creyentes se consideran con verdad *hijos adoptivos de Dios*, ya que llaman y rezan a Dios como *Padre nuestro*.

Pero si se recapacita, para este fin tan grandioso, tan glorioso, la Iglesia Católica usa medios pequeños. Por un lado, los empleados son realidades sensibles: agua, aceite, pan, vino, recuerdo contrito expresado de malos actos pasados y otras realidades semejantes. Se aplican generalmente a las personas mediante

---

<sup>29</sup> Cfr. C. Geffre OP, "El desarrollo del pluralismo religioso y del indiferentismo para el servicio teológico de las instituciones Católicas", en *Studium, Filosofía y Teología*, T. III, Buenos Aires-Tucumán: UNSTA, 2000: 29.

<sup>30</sup> *Credo*, art. 12, Cfr. CEC, nn. 1020; 1024-1029.



palabras pronunciadas por un ministro. Esto no es magia, hay que verlo en el contexto total de las celebraciones litúrgicas y de todos los elementos eclesiales.

En el marco de la desproporción entre los medios utilizados y los frutos obtenidos, que manifiestan o muestran la eficacia divina en la Iglesia Católica, se encuentra la referencia a los miembros que la componen, principalmente a aquellos que han formado o forman la jerarquía eclesiástica. A este aspecto se ha hecho referencia al citar el CEC en lo que hace a la santidad de la Iglesia, pero se pueden agregar algunas indicaciones que lo resaltan. Desde el punto de vista de una visión humana hay manifestaciones de santidad y de pureza. Es algo que no se puede negar. Por ejemplo, apreciaciones del mundo sobre el Papa bueno (Juan XXIII), la Madre Teresa de Calcuta, Juan Pablo II y tantos otros casos que cada uno percibe en su medio ambiente. También es cierta la presencia de malos, de malos ejemplos, y de una caterva de pecadores y situaciones de injusticia. Pero hay que conceder que lo propio del cristiano es reconocerse pecador. Por eso es posible acotar que en todos la cizaña del pecado se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio.<sup>31</sup> Con fe se puede llegar a afirmar que *la Iglesia congrega a pecadores alcanzados por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación*.<sup>32</sup> Hay muchos testimonios de conversiones. En este aspecto que hace a la santidad de la Iglesia y a la indignidad de sus miembros es dable afirmar que con solo contar con éstos ella no hubiera permanecido ni se hubieran dado renovaciones ni purificaciones. Su permanencia o continuidad hay que verla teniendo en cuenta lo que se dirá al tratar sobre la universalización. La Iglesia difiere de los fundamentalismos, que se manejan con estructuras y obediencias rígidas, que se mueven en el nivel de exigencias solo en el plano humano. Síntoma de la Iglesia Católica es la *libertad de espíritu*. Se trata aquí de un motivo de credibilidad que puede destacarse desde diversas perspectivas.

Además de la malicia que se da en el mundo humano, también en él hay limitaciones. Es necesario reconocer que los hombres son seres limitados y que tienen un alcance también limitado en aquello que pueden hacer. De ahí hay un paso a comprobar que muchas de las acciones que realizan, sobre todo en el plano de la oración, tienen frutos que superan sus capacidades.

Dentro del marco de la pequeñez de medios ante la grandeza del objetivo propuesto por la Iglesia Católica el hombre percibe su pequeñez en la magnificencia del cosmos. Siendo así la realidad, sabe que es un ser inteligente,

---

<sup>31</sup> Cfr. Mt. 13, 24 - 30; 36 -43.

<sup>32</sup> Cfr. CEC. n. 827.

capaz de conocer lo otro como *otro*, de trascenderse a sí mismo y de dominar sus propios actos, lo que le da una gran capacidad para conocer, amar y tener dominio sobre las cosas de la tierra y del mundo. Es cierto que esto también es un peligro de que se atribuya a sí mismo más de lo que corresponde. Es la tentación del orgullo. La Iglesia, con el ejemplo de la Virgen María, su Madre, enseña el camino de la humildad.<sup>33</sup>

Desde esa presentación de la dicotomía de la libertad humana, de las opciones que hace el hombre, se ven las dos actitudes fundamentales de fondo en la concepción y en el actuar humanos. Una es el camino de reconocerse pequeños, como niños, ante la grandeza y omnipotencia de un Dios que es Salvador de las miserias por medio y virtud de Jesucristo, a quien, con Pedro en la Iglesia Católica, los creyentes confiesan como Mesías. La otra es el orgullo, que se constituye como “el poder del mundo”. Tantas veces el hombre se encuentra como aplastado, ahogado, dominado por este poder que lo explota, generalmente, con afán de lucro, de placer y poderío, que parece y quiere manifestarse como una felicidad futura. De ello hay innumerables ejemplos en la historia y también en la actualidad. Pero si se profundiza en esta visión, se comprueba que carece totalmente de trascendencia y, por consiguiente, no responde a las más íntimas inclinaciones humanas. Se cumple aquí lo expresado por Cristo: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*.<sup>34</sup> No cabe la menor duda de que hay actuaciones de autoridades eclesíásticas que manifiestan una acción superior a lo humano y para el bien del alma, si bien entran en juego muchas veces las limitaciones del hombre e incluso, la fuerza del pecado. Sobre esto hay experiencias que se pueden precisar concretamente.

Hasta aquí se ha desarrollado un campo de reflexión sobre la desproporción entre lo humano y las cosas del mundo usadas en y por la Iglesia Católica, y los frutos que se obtienen.

## 2) Llama también la atención en la Iglesia Católica la *universalización*

Al hacer referencia a este rasgo admirable se está concomitando su nota de catolicidad.

a) En un primer momento aparece su universalidad geográfica, lo que es cierto y responde al mandato apostólico de Cristo: *Id por todo el mundo y procla-*

---

<sup>33</sup> Es muy ilustrativo al respecto Lc. 1.

<sup>34</sup> Mt. 24, 35.

*mad la Buena Nueva a toda la creación.*<sup>35</sup> Pero esto no es suficiente como único motivo de credibilidad.

b) También es comprobable que la Iglesia asume la integridad de la persona humana y no un aspecto parcial de ella. Cuenta con asociaciones ocupadas en las necesidades materiales, como obras de misericordia temporal –por ejemplo Caritas-, además de una serie de líneas pastorales –la de salud, la carcelaria-, la atención a los enfermos, a los minusválidos, el Cottolengo, etc. Hay acción en el ámbito de lo social. Se pueden citar como ejemplo la Acción Católica de Empresarios y otras organizaciones internacionales. Todo esto se realiza sin fines de una política terrenal de gobierno.

Asimismo, por sobre las necesidades materiales están las espirituales. En efecto, en este aspecto de encarar la integridad de la persona humana cobra especial interés la atención espiritual, los consejos, la administración sacramental. Se debe tener una visión panorámica, no caer en un simplismo sectorial, ni mucho menos pretender abarcar todo, o lo que es peor, juzgar según un criterio de fondo individualista, de acuerdo a lo que “a mí” me pasa o me hacen. La visión panorámica atañe a lo que es preocupación de la Iglesia en su conjunto, no a una parcela.

c) La universalización hace a un proceso apostólico misionero que cuaja en diversas Iglesias particulares organizadas estructuralmente. Apunta a dos claves de realización. Una es la adaptabilidad a todo lo que de bueno y noble encuentre; otra es la inculturación. La primera corresponde a asumir todo lo auténticamente humano, tanto en cada persona como en las diversas sociedades.<sup>36</sup> Introduce a los pueblos, con sus culturas, en su misma comunidad. La Constitución Apostólica *Ad gentes* es muy importante para conocer la preocupación de extensión de la Iglesia en los diversos horizontes de la misión.<sup>37</sup> Por inculturación se entiende como una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación de éste en las diversas culturas.<sup>38</sup> Así, la Iglesia avanza junto con toda la humanidad, experimenta la misma suerte terrena del mundo y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios.<sup>39</sup> *En cuanto se*

---

<sup>35</sup> Mc. 16, 15.

<sup>36</sup> Cfr. CEC, n. 835.

<sup>37</sup> Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ad gentes*, cap. IV.

<sup>38</sup> Cfr. Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 52.

<sup>39</sup> Cfr. Const. Apostólica *Gaudium et Spes*, 40, 2.

*refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra, y de este modo los incorpora a la plenitud católica.*<sup>40</sup>

Tanto en la adaptabilidad como en la inculturación se requiere discernimiento, lo que ciertamente no es fácil. El discernimiento también se aplica a las referencias históricas dadas a continuación.

d) Se puede indicar un desarrollo histórico de universalización. La predicación evangélica comenzó donde nació Jesús, el Cristo. Desde allí se abrió al mundo llamado pagano por el pueblo de Israel. Pasó por Grecia y asumió elementos de su filosofía, con lo que pudo precisar las formulaciones dogmáticas. Llegó a Roma, en la que se estableció Pedro, el primero de los Apóstoles, donde había una cultura del derecho y una jurisprudencia, cuyo influjo pasó a ser base de una organización jerárquica. De ahí se dio toda una expansión de inculturación europea con diversas facetas -germanos, anglosajones, los llamados bárbaros, íberos, eslavos y otros-. Hubo misiones hacia Oriente: Filipinas, China, Japón, India, Vietnam. Con el descubrimiento de América por los europeos, más allá de los altibajos y de la diversidad de juicios posibles, lo cierto es que se puede hablar de una evangelización de este continente. Cabe destacar en ella la presencia de la Virgen María por todo el territorio hispanoamericano, marcando un hito importante la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en México. Podemos hablar de Iglesias jóvenes en tiempos recientes en Asia, África, América Latina y Oceanía.

No se pretende hacer aquí una teología de la historia, pero sí destacar un claro desarrollo progresivo y ordenado de universalización. Tal vez falte mucho por hacer, planteo que escapa al propósito de estas reflexiones. En fin, como expresa el Catecismo, es lícito sostener que: “desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no deja de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que solo Dios y Padre”.<sup>41</sup>

Se afirma, por lo tanto, que si las lenguas difieren a través del mundo, el contenido de la Tradición es idéntico.<sup>42</sup>

e) En el proceso de universalización tendiente a asumir la integridad de la persona humana se llega a una relación personal con Dios. La expresión

---

<sup>40</sup> *Ad Gentes.*, n. 6. Cfr. CEC, n. 854.

<sup>41</sup> CEC, n. 172. Conviene ver también el n. 173.

<sup>42</sup> CEC, n. 174.

suprema de ésta se la encuentra en la oración. Allí se da la relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero<sup>43</sup>, a lo que se hará referencia más adelante.

f) Frente o en contraposición a esta universalización de la Iglesia Católica, es posible hacer algunas indicaciones comparativas con otras expresiones religiosas. No se trata de una teología de las religiones ni una teología de la salvación de los que no pertenecen a la Iglesia Católica, simplemente se intenta reflexionar sobre motivos de credibilidad en ella. Tampoco se niega que haya semillas y destellos de verdad que se encuentran en personas y en tradiciones religiosas de la humanidad.<sup>44</sup> Además, el no tener un conocimiento muy profundo de otras expresiones religiosas puede relativizar la opinión al respecto o llevar a consideraciones al parecer simplistas o superficiales.

Se podría afirmar, basándose en referencias diversas, que las religiones orientales muy acendradas en sus culturas no condicen con la cultura occidental. Sirve significativamente a esta opinión el testimonio del mártir san Pablo Miki, muerto en las misiones en Japón en la segunda mitad del siglo XVI, de cuyo martirio se transcribe parte de la historia a pie de página.<sup>45</sup>

Han entrado en boga las prácticas de yoga, que son instrumentales útiles, pero al plantearse la filosofía que tienen por fundamento se puede apreciar que conforman ideologías insuficientes. Suenan con el mismo tenor las prácticas de radiaciones. El *nirvana*, por su parte, da la impresión de una ideología de la muerte. Es muy distinto el despojamiento afectivo de bienes y placeres temporales que facilitan la tendencia de inmortalidad del alma humana.

También no parece corresponder a una verdadera religión todo aquello que implica una propensión al sincretismo. Esto es verdad, no sólo de lo que se llama *New Age*, esa nebulosa mística esotérica que testimonia hasta la evidencia una ambición sincretista en su voluntad de tomar prestado no solamente de las

---

<sup>43</sup> CEC, n. 2558

<sup>44</sup> Cfr. *Redemptoris Missio*, n. 56

<sup>45</sup> Pablo Miki, *nuestro hermano*, viéndose colocado en el púlpito más honorable de los que hasta entonces había ocupado, empezó a manifestar francamente a los presentes que él era japonés, que pertenecía a la Compañía de Jesús, que moría por haber predicado el Evangelio y que daba gracias a Dios por un beneficio tan insigne; a continuación añadió estas palabras: "Llegado a este momento crucial de mi existencia, no creo que haya nadie entre vosotros que piense que pretendo disimular la verdad. Os declaro, pues, que el único camino que lleva a la salvación es el que siguen los cristianos. Y, como este camino me enseña a perdonar a los enemigos y a todos los que me han ofendido, perdono de buen grado al rey y a todos los que han contribuido a mi muerte, y les pido que quieran recibir la iniciación cristiana del bautismo". Cap. 14, 109-110.

tradiciones de Oriente y de las tradiciones esotéricas de Occidente, sino también de la parapsicología, del espiritismo y de las técnicas bioenergéticas y macrobióticas de la medicina holística moderna.<sup>46</sup> Si se lo piensa con profundidad, esto no puede convencer como una plenificación del hombre.

Cualquier contacto con las sectas que pululan agresivamente muestra bien a las claras que éstas asumen un texto o algunos pocos textos bíblicos repetidos sin ninguna maleabilidad o racionalidad, en una forma de ataque a la Iglesia Católica. En este caso tampoco se puede hablar de universalización. Todo lo contrario, su ser de *secta* responde a un sectarismo, a una parcialización marcada y agresiva. Estas parcializaciones recalcan casi con exclusividad un aspecto cristiano en contraposición a otros. Por eso mismo usan una falsa filosofía, la de razonar únicamente por vía de contradicciones, lo que constituye de fondo un fideísmo, es decir, que solo conocemos acerca de Dios por la fe. De ninguna manera se puede entablar una credibilidad que armonice la fe y la razón como dos alas con las cuales el espíritu humano se eleve hacia la contemplación de la verdad.<sup>47</sup> Sobre el tópico de estas diversas expresiones religiosas conviene consultar la Declaración *Nostra Aetate*, del Concilio Vaticano II, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Profundizar en el tema implica un tratado especial.

Otro capítulo comportan las Iglesias y comunidades eclesiales que se han desgajado de la Iglesia Católica, la que de esfuerzo por promover la restauración de la unidad de todos los cristianos.<sup>48</sup> Esa llamada a la unidad realizada por el Concilio Vaticano II ha sido renovada con tan vehemente anhelo, que resuena con fuerza cada vez mayor en el corazón de los creyentes<sup>49</sup>, lo que podría constituirse en un motivo de credibilidad. Se trata del ecumenismo, cuya base de consideración se encuentra en los documentos *Unitatis Redintegratio*, del Concilio Vaticano II, y la Encíclica *Ut unum sint*, de Juan Pablo II.

g) El Pontífice, por su parte, testimonia una Iglesia que es católica, es decir universal, espiritual y a la vez visible con una organización en las múltiples facetas que conforman la integridad de la persona humana, por encima de las diversas culturas e insertada en ellas.

---

<sup>46</sup> Cfr. C. Geffre OP, *ibíd.*, fac. 5, p. 7.

<sup>47</sup> Cfr. *Fides et ratio*, n. 1.

<sup>48</sup> Cfr. *Unitatis Redintegratio*.

<sup>49</sup> Cfr. Encíclica *Ut unum sint*, n.1.

h) Para finalizar la presentación sobre la universalización como motivo de credibilidad es necesario aclarar que nadie puede abarcarla en su totalidad. A cada persona, grupo o comunidad le corresponde su granito de arena, pero debe reconocerse como miembro del todo y no provocar absolutizaciones según antinomias solo contradictorias, ya que éstas dejan de lado la valoración plena del principio de no contradicción.

3) Llamam también la atención en la Iglesia *los signos personales de vida*. Dentro de una concepción de orientación subjetiva o que recalca la dimensión antropológica estos signos adquieren bastante valor, pero en sí mismos, objetivamente, no manifiestan tanto la omnipotente transcendencia de Dios.

a) Al hablar de signos personales de vida, en primer término se debe partir de la conciencia. La fidelidad a la conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. De esta manera, la conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre. Es en la conciencia donde él se siente a solas con Dios. Por eso se la presenta en orden a percibir signos de credibilidad respecto a la Iglesia. En ella el hombre descubre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana.

Es el momento, también, de relativizar la percepción personal de signos en este ámbito de la conciencia. Ello se debe, por un lado, porque se da en el ámbito moral y no en el estrictamente religioso. Por otro, porque la conciencia puede errar. Hay conciencia errónea invencible<sup>50</sup> y también puede ser culpable. Además, porque estos signos personales de vida están sobrevaluados en una concepción filosófica subjetivista. Se entiende por ámbito o nivel moral el que corresponde a la conducta, a las costumbres con las cuales el hombre vive y convive. Por encima de este ámbito está lo religioso, la religiosidad. El nivel religioso se presenta en el sentido último que el hombre tiene de un Ser supremo, del cual de alguna manera depende. Se manifiesta en expresiones de religiosidad, como cultos, peticiones, sacrificios y otras manifestaciones de sus relaciones con ese Ser superior.

Al hacer referencia anteriormente a los frutos de grandiosidad de una eficacia atribuible a Dios y realizados por medios pequeños, se indicó que luego se

---

<sup>50</sup> Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 18.

trataría sobre las grandezas de esos frutos en cuanto a liberación, paz, vida. Ahora se pasa a destacar los *signos personales* de vida. Estos son percibidos por la conciencia. En medio de la Iglesia, con la administración sacramental –signos sensibles y eficaces de la gracia–, el creyente, en primer término, experimenta una tranquilidad de conciencia. Esto es innegable. Donde más se lo nota o se da es en el sacramento de la Reconciliación. El hombre se siente reconciliado con Dios, percibe la ausencia de tribulaciones en cuanto capta el gozo respecto a las cosas divinas. Se trata de una alegría que surge de lo más íntimo de su afectividad. Así, esa tranquilidad de conciencia en donde no se siente culpable se traduce en paz y gozo. De ahí en más hay que considerar la experiencia personal que cada uno pueda tener y haber tenido. Esto no se lo percibe como un mero vaciamiento, sino como una plenificación personal. Es un gozo interior, espiritual, que impulsa hacia el bien, fruto del amor. En cuanto a la paz, se experimenta una concordia con el Ser superior, con Dios, una tendencia a unirse con Él. Es la tranquilidad de la conciencia.

De aquí surgen amistades que tienden a buscar el bien de los otros hombres. Toda esta inclinación que se produce en el interior del creyente como una plenificación tiene una tendencia a ser, a la vida; implica luz, sentido de la vida. Es expresión del amor; para el cristiano es caridad. Guerras, destrucciones, matanzas, venganzas, enemistades, falta de sentido de la vida, oscuridad, corrupción y finalmente muerte son lo contrario.

a) Se arriba con esto a un problema crucial. El máximo enigma de la vida humana es *la muerte*. El hombre se encuentra ante el mundo del dolor, del sufrimiento. Sufrir con él y con la disolución progresiva del cuerpo, pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí mismo lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Hay un deseo del más allá que surge ineluctable del corazón humano.<sup>51</sup> Al parecer, todas las pretendidas expresiones como escapatorias al dolor y al sufrimiento no son realistas; constituyen un escapismo. Sí, son aceptables ciertos alivios y consuelos frente a esta triste realidad, pero no ante la supresión total, fundamentalmente frente a la muerte. Hay aquí implicado un tema moral especial y difícil. Prácticas para eludir un determinado mal, como puede ser el alcoholismo, son instrumentos válidos. Pero todas estas expresiones nunca pueden constituir una Iglesia universal que dé una solución definitiva a los múltiples problemas humanos en su

---

<sup>51</sup> Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 18.



relación con un Dios trascendente y omnipotente. Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.

Para todo aquel que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con los mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándole la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera.<sup>52</sup> Esto da sentido al comportamiento humano. No excluye el sufrimiento que comporta la misma ley del peregrinaje terrenal. Da valor al sufrimiento. Todos tienen que dar respuesta a la experiencia del dolor. El texto confrontado como respuesta de la Iglesia resulta sensato.

c) Más allá de esto están las *experiencias religiosas*, que por cierto también se dan en otras religiones, pero en la Iglesia Católica se tiene, por ejemplo, como practicante, una experiencia cuyo valor y eficacia es indudable: la *oración*. Se puede haber tenido alguna vivencia de un Dios todopoderoso y misericordioso que es Amor, Dios de la vida, de un Dios viviente. Cabe hacer referencia a la experiencia mística de los santos; santos por cuanto son reconocidos como tales por la Iglesia Católica. Esta mención sólo constituye un colofón, ya que ampliar el tema implicaría entrar en la teología ascética y mística.

### **Algunas reflexiones finales**

Las consideraciones precedentes han conducido a algunas reflexiones personales finales que no revisten carácter de conclusión ni están expuestas en un orden estrictamente lógico.

1) La salvación cristiana no tiene la pretensión de curar milagrosamente el *malestar* de la condición humana. Es, ante todo, reconciliación del hombre pecador con Dios y también descubrimiento de su condición filial en Jesucristo. Pero,

---

<sup>52</sup> Cfr. *ibíd.*

al mismo tiempo, en nombre de la radicalidad evangélica, que no disocia jamás la causa de Dios y la del hombre, es liberación de las alienaciones que desfiguran el rostro humano aquí abajo.<sup>53</sup> El cristianismo es una *religión salvífica*.

2) Como expresa la Constitución *Lumen Gentium*:

*Están plenamente incorporados a la sociedad que es la Iglesia aquellos que, teniendo el espíritu de Cristo, aceptan la totalidad de su organización y de todos los medios de salvación establecidos en ella, y en su cuerpo visible están unidos con Cristo, el cual la rige por medio del Sumo Pontífice y de los obispos mediante los lazos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno eclesiástico y de la comunión. No se salva, en cambio, el que no permanece en el amor, aunque esté incorporado a la Iglesia, porque está en la Iglesia con el "cuerpo", pero no con el "corazón".*<sup>54</sup>

Estas reflexiones, como se expresó al comienzo, han tenido de referente principal el *Catecismo de la Iglesia Católica* como perteneciente a nuestra profesión de fe<sup>55</sup>, al que habría que llevarlo a una comprensión más profunda dentro de la conciencia que la Iglesia ha tomado de sí en la Constitución *Lumen Gentium*. Sobre el tema se puede ahondar en la primera Encíclica de Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, sobre los motivos de la propia Carta pontificia y en especial el punto primero: "La conciencia de la Iglesia". Dentro de esta preocupación la Iglesia se ve *constituyendo un pueblo*<sup>56</sup>, con lo cual el Sagrado Concilio fija su atención en los fieles católicos.<sup>57</sup> A ellos se refiere el texto transcrito del Catecismo, empleado también por Juan Pablo II en su hermoso libro *Cruzando el umbral de la esperanza* al responder a la pregunta 21 "¿Sólo Roma tiene razón?" En el contexto de toda la problemática planteada, la respuesta del Papa en su totalidad es ampliamente constructiva. Queda así el problema del discernimiento concreto de pertenencia en cuanto a tales o a cuáles personas, lo que escapa al cometido de estas reflexiones.

3) Son muy ilustrativas para el presente planteo personal las figuras de dos santos que comenzaron una búsqueda filosófica de la verdad y la encontraron en el cristianismo. El primer testimonio es el de san Justino, muerto mártir hacia el año 160. El otro es el de Edith Stein, fallecida en 1942, canonizada como sor Teresa Benedicta de la Cruz.

---

<sup>53</sup> Cfr. C. Geffre OP, *Ibíd.* fasc. V, 30.

<sup>54</sup> Const. Apostólica *Lumen Gentium*, n. 14. CEC, n. 837.

<sup>55</sup> Cfr. CEC, n. 18. Ver también nn. 13-17.

<sup>56</sup> Cfr. *Lumen Gentium*, n. 9.

<sup>57</sup> Cfr. *Ibíd.*, n.14.

San Justino en *Diálogo con Trifón* refiere la conversión en forma viva y pintoresca. Tal como lo había concebido desde el comienzo, el objeto de la filosofía es conducir al hombre hacia Dios y unirlo a Él. Tuvo contacto con el estoicismo, con un peripatético, con un pitagórico, con un platónico, y según narra, fue bastante necio para esperar que por ahí llegaría a ver a Dios:

*Todo iba bien en el campo platónico hasta que un anciano me confesó: "Hubo en tiempos remotos y más antiguos que todo esos supuesto filósofos, hombres felices, justos y queridos de Dios, que hablaban por el Espíritu Santo [...] se los llama profetas. Por encima de toda demostración, eran los dignos testigos de la verdad".*

Al escuchar estos conceptos, un fuego súbito se encendió en el corazón de Justino, quien afirma:

*Reflexionando a solas en esas palabras, encontré que esa filosofía era la única segura y provechosa. He ahí cómo y porqué soy filósofo.<sup>58</sup>*

Este testimonio manifiesta claramente cómo la verdad del cristianismo responde a la búsqueda de la verdad que está inserta en el corazón del hombre. Por su parte, Edith Stein se desarrolló desde su juventud en íntima comunicación con la filosofía, interpretada ésta como ciencia y como pasión. Estaba absolutamente convencida de que la búsqueda de la verdad, en la que se constituye toda filosofía, no puede ni debe ser construida por los límites argumentales de un sistema filosófico particular. La filosofía auténtica es *la búsqueda siempre inquieta del espíritu humano del ser verdadero*, afirmaba. Llegó así a la *nueva ciencia de la Cruz*, que va también en búsqueda de la verdad, pero de una Verdad personal que sale al encuentro del hombre existencialmente.<sup>59</sup> A Edith, los escritos de santa Teresa de Ávila la impulsaron a entrar en la Iglesia Católica. Al terminar su lectura expresó: *Esta es la verdad*. Encontró la Verdad en Persona, él Tú amoroso de Dios, y la meditación de la doctrina de la Cruz la conquista para la vida carmelitana.<sup>60</sup>

Tanto el testimonio de san Justino, filósofo y mártir; como el de sor Edith, cuya vida hubo de colocarse bajo el signo de la Cruz, llevan a hacer exclamar la estrofa del himno de Completas:

<sup>58</sup> E. Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, Madrid: Rialp, 29-30, 1981. Cfr. *Fides et Ratio*, n. 38.

<sup>59</sup> Edith Stein, *La Pasión por la Verdad*, Introducción, traducción y notas del Dr. Andrés Bejas, Buenos Aires: Bonum, 10-16, 1994.

<sup>60</sup> L. Gelber, "Notas biográficas": 20, en E. Stein, *La ciencia de la Cruz*, Burgos: Carmelo, 1994.

*Tu Cruz, Señor, redime nuestra suerte de pecadora en justa, e ilumina la senda de la vida y de la muerte, del hombre que en la fe lucha y camina.*<sup>61</sup>

4) Una reflexión final surge del testimonio papal en Asís. Juan Pablo II invita a una Jornada ecuménica e interreligiosa de oración por la paz. Los responsables de las Iglesias y comunidades cristianas, así como un gran número de otras religiones, responden favorablemente a esta iniciativa. El acontecimiento, de carácter exclusivamente religioso, se realiza el lunes 27 de octubre de 1986 y está marcado por la oración, el ayuno y la peregrinación. Una preocupación que es propia de todos los hombres el Pontífice la hace suya. Resulta impresionante la respuesta a esta convocatoria impulsada y presidida por él, lo que marca en la actualidad la preeminencia de la Iglesia Católica sobre otras manifestaciones religiosas.<sup>62</sup>

Se había señalado anteriormente la paz como un signo personal de vida. Ahora se la puede apreciar como una preocupación humana. Es un imperativo de la conciencia de los creyentes comprometidos en la búsqueda de la verdad sobre Dios, sobre el propio destino, sobre la historia de la humanidad. Hace a la naturaleza trascendente de la paz.

---

<sup>61</sup> En lo personal, el testimonio de ambos santos ha influido significativamente en estas reflexiones.

<sup>62</sup> Se puede consultar al respecto *L'osservatore Romano* de fechas 12/X/86; 26/X/86; 2/XI/86, donde se hace una crónica del acontecimiento, con tres alocuciones pronunciadas por el papa Juan Pablo II; 9/XI/86.